ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA LEY DEL DEBER

Ante todo, ¿qué se entiende por Vida Superior? He empleado este término en su más amplio sentido, aplicándolo á todas las manifestaciones de la vida que se hallan por encima de lo físico. Incluye la manifestación del hombre en los diversos mundos invisibles á los ojos de la carne—las regiones de las cuales hablamos empleando la palabra «planos»—,el plano astral, el plano manásico, el plano búddhico, el plano átmico, y todo lo que existe en los ámbitos del vasto universo.

¿Qué queremos dar á entender por «espiritual»? Todas las manifestaciones de la Vida Superior que, aunque así llamadas, no son necesariamente espirituales. Debemos distingir en nuestro espíritu, entre la forma en la cual la Conciencia está encarnada y la Conciencia en sí misma. Nada de cuanto pertenece á la forma espiritual en su naturaleza. La vida de la forma en cada plano pertenece á la manifestación prâkrítica, y no á la espiritual. La manifestación de la vida en la forma puede tener lugar en el plano astral ó en el plano manásico, pero no es más espiritual en estos planos que lo es en el plano físico. La manifestación prâkrítica es siempre puramente fenomenal, y nada de cuanto es fenomenal puede decirse que es espiritual. Este es un hecho que no debe olvidarse, pues de lo contrario divagaríamos lastimosamente en nuestros estudios, y no sabríamos elegir

acertadamente los medios por los cuales lo espiritual debe ser desarrollado. Poco importa que la vida de la forma sea vivida en un plano inferior ó superior—en la piedra, en el vegetal, en el animal, en el hombre ó en el Deva—, pues en tanto que esta vida es prâkrítica, fenomenal, en su naturaleza, nada tiene de común con aquella que de derecho le corresponde el nombre de Espiritual. Un hombre puede desarrollar los *Siddhis* astrales ó manásicos; puede poseer una vista cuyo alcance se extienda muy lejos en el espacio y abarcar el universo; puede percibir el canto de los Debas y hasta escuchar las melodías que tienen lugar en *Svarga;* sin embargo, todo esto es fenomenal, todo esto es transitorio. Lo Espiritual y lo Eterno no es propiedad de la vida de la forma.

¿Qué, es pues, lo Espiritual? Es únicamente la vida de la Conciencia que comprende la Unidad; que ve un Yo en todas las cosas, y todas las cosas en el *Yo*. La vida espiritual es aquella que mirando al número infinito de fenómenos penetra á través del velo de *Mâyâ* y percibe al Uno y al Eterno en cada forma deleznable. Conocer al Yo, amar al Yo, comprender al Yo, esto y sólo esto es Espiritualidad, del mismo modo que el percibir al Yo en todas las cosas es la única Sabiduría. Fuera de esto todo es ignorancia; fuera de esto todo es materialidad. Una vez hayáis comprendido bien esta definición, os sentiréis impulsados á elegir, no lo fenomenal, sino lo real; á ver la vida del Espíritu como distinta de la vida de la forma, aunque esta última vida tenga su existencia en los más elevados planos. Os sentiréis impulsados á escoger métodos definidos para desarrollar la vida del Espíritu, y buscaréis por el conocimiento de la ley cuáles de ellos facilitarán el desarrollo de la Conciencia, á fin de que ella pueda reconocer su unidad con todas las demás Conciencias, de modo que todas las formas sean queridas, no por consideración á las mismas, sino por consideración al Yo, que es la vida y la realidad de las formas. Recordad de qué modo Yâjñavalkya instruye á Maitreî, cuando ésta desea conocer la parte espiritual de la Vida Superior, pues dice: «No por consideración al marido es el marido querido, sino por consideración al Yo es el marido querido. No por consideración á la esposa es la esposa querida, sino por consideración al Yo es la esposa querida»; y así sucesivamente, al hijo, al amante, al amigo, concluyendo al fin con la vida que se extiende más allá de lo físico. «No por consideración

á los Devas son los Devas queridos, sino por consideración al Yo son los Devas queridos.»

Esta es la característica del Espíritu. Todo existe en el Yo. El Uno es reconocido en todo. ¿Cómo debemos alcanzarlo? ¿Cómo debemos, estando, como estamos, cegados por la materia, comprenderlo?

Notad que el primer gran paso hacia la consecución de este ideal estriba en el cumplimiento de la Ley del Deber. Detengámonos un momento á reflexionar acerca del por qué la Ley del Deber es la primera verdad que el hombre debe acatar si desea progresar en la vida espiritual. Véis séres en torno nuestro, pertenecientes á los mundos elevados, que no son espirituales, á pesar de lo cual dirigen enormes fuerzas que prestan vigor y energía á la naturaleza, y que supeditan la materia á su voluntad; grandes séres que poseen un poder tremendo, quienes dirigen el mundo en torno nuestro, algunos de los cuales ayudan la evolución inspirando nobles pensamientos y elevadas empresas; y otros que también ayudan la evolución, pero que lo hacen esforzándose en poner obstáculos al progreso del hombre, y procurando apartarle del buen camino, á fin de que el hombre aprenda á sentar su planta en terreno firme, y por medio de una constante lucha contra el mal pueda hacerse perfecto en el bien. Ambos aspectos son obra de la manifestación divina. No podéis apreciar la luz sin las tinieblas; no podéis realizar ningún progreso sin lucha. No existe evolución posible sin la fuerza que se le opone y le es contraria. La fuerza que trabaja contra la evolución es la que da estabilidad al progreso, y hace posible el elevado desarrollo del hombre. Debemos, sin embargo, precavernos contra el error común de confundir las funciones de estos dos aspectos de la manifestación. Las fuerzas y seres del mundo superior que ayudan la evolución, que nos guían é inspiran, que nos elevan y purifican, deben con justicia ser objeto de veneración y respeto; debemos esforzarnos en seguir sus huellas, y á ellos debemos dirigir confiadamente nuestras oraciones. Los otros poderes son nuestros amigos, en tanto que nosotros sabemos resistirlos y contrarrestarlos, puesto que sólo pueden ayudarnos cuando nos decidimos á luchar contra ellos. Entonces es cuando ellos fortalecen y prestan vigor á nuestros músculos y nervios espirituales. Pero el éxito evolucionario que podemos obtener en su región estriba en la energía con que los combati-

mos, pues la fuerza que desarrollamos durante la lucha ayuda nuestra evolución. Estos poderes no deben ser escuchados ni obedecidos; no debe pensarse en ellos ni se les debe invocar. ¿Cómo puede el viajero elegir su camino, y obtener la piedra de toque por medio de la cual le sea dable distinguir los unos de los otros?

Por medio de la Ley del Deber que mora en su interior; por medio del Yo divino que indica el camino del progreso; por el cumplimiento del Deber sobre todas las cosas; rindiendo el más fervoroso culto á la Verdad y adorándola sin la menor sombra de vacilación ó idea de cambio.

Mucha veces se ha dicho, y así es la verdad, que en lengua sanscrita no existe palabra alguna para expresar lo que en Occidente se ha convenido en llamar Conciencia. Por el testimonio de los eruditos sanscritistas sabemos que no existe palabra alguna que sea el exacto equivalente del término Conciencia. Pero nosotros no damos importancia á las palabras, sino á las cosas; no nos fijamos en los nombres, sino en los hechos. Yo os pregunto en cuáles Escrituras, ó en cuál literatura, podéis hallar una expresión mejor de la idea de Conciencia que en el Oriente, en donde hallamos un gran respeto á los impulsos de la Misma, así como un marcado interés por el cumplimiento del Deber; respeto é interés que resaltan como hermosos ejemplos en el modo de obrar y en las vidas de los hombres de la antigua India, así como en los preceptos contenidos en los antiguos libros sanscritos.

Tomad como ejemplo la conducta de Yudhishthira, el Rey justo, quien hallándose una vez en una grave aflicción, y siendo dirigido por el mismo Shrî Krishna, faltó á la verdad. Vedle en la última escena de su vida, antes de abandonar la tierra, cuando Indra, el Rey de los Devas, desciende y le invita á subir en su carro para transportarle á los más elevados cielos. Recordad que, indicando á su fiel perro, que había sobrevivido al terrible viaje á través del gran desierto, dice: «Mi corazón se siente conmovido al pensar en este sabueso; permitidle que venga conmigo á Svarga.» «En Svarga no hay sitio para perros», contesta Indra; y como Yudhishthira rehusase todavía, Indra le dijo en tono sarcástico: «Habéis permitido que vuestros hermanos muriesen en el gran desierto, y los habéis abandonado. Habéis abandonado á Draupadî moribundo, y su cadáver no impidió

vuestra partida. Si los hermanos y la esposa fueron abandonados ¿por qué manifestáis este apego á un perro? y ¿por qué deseáis llevarlo en vuestra compañía?» Entonces Yudhishthira contestó: «Nada podemos hacer por los muertos; yo no puedo ser útil á mis hermanos ni á mi esposa, pero sí puedo serlo á este animal que todavía vive. Igual al asesinato de los dos veces nacidos, igual al robo de los bienes Brâhmana, es igual el pecado de abandonar á un ser desvalido que busca refugio y protección en nosotros. No quiero ir al cielo sólo.» Cuando se vió que su resolución era irrevocable, era inaccesible á los argumentos divinos, así como á todos los recursos sofísticos del Deva, entonces el perro se desvaneció, y presentándose Dharma encarnado ante él, le invitó á subir al cielo. Más fuerte que el mandato de Indra fué la firme é inalterable conciencia del rey. El señuelo de la inmortalidad no consiguió apartarle del cumplimiento del deber, ni pudieron las dulces y seductoras palabras del Deva cegarle en cuanto al sendero de rectitud que su conciencia le indicaba.

Ahora retroceded conmigo más lejos aún en la evolución, y ved cuándo Balí, el Rey de los Daityas, ofrece sacrificios al Supremo. Se presenta un enano contrahecho y pide una merced: «Tres pasos de tierra ¡oh Rey! como don de sacrificio.» ¿Tres pasos de tierra medidos por los cortos miembros del enano? Un insignificante don en verdad. La merced es concedida y, ¡mirad! el primer paso abarca la tierra, y el segundo alcanza el cielo. ¿En dónde debe ser fijado el tercer paso? La tierra y el cielo están cubiertos; ¿qué queda pues? No hay más que el pecho del devoto, quien se echa al suelo á fin de que el tercer paso pueda ser fijado en su seno. Entonces se oyen censuras por todas partes: «Esto es una superchería», «esto es un engaño». «Esto es Ari Mismo que te induce á tu destrucción. Retira tu palabra, y no te empeñes en sostener la verdad, que será causa de tu ruína.» Pero aunque las voces hieren sus oídos, el devoto cree que la verdad, el deber y la conciencia, tienen una importancia mucho mayor que la pérdida de la vida y del trono, y así permanece echado é inmóvil. En esto se presenta de momento su Guru, á quien ama y venera, y le ruega que retire su palabra, y cuando Balí no quiere obedecer ni aun al mismo Guru, éste le maldice por su desobediencia. ¿Y entonces? Entonces se manifiesta la forma de Vishnu, aquella poderosa forma que cubre la tierra y

el cielo, y en medio del silencio que reina se oye una voz dulce y suave como el arrullo de la paloma que dice: «Balí, rechazado y combatido por todas partes, despreciado por sus amigos, maldecido por su preceptor, Balí no quiere hacer traición á la verdad.» Entonces Vishnu declara que Balí, en un futuro Kalpa, será Indra, el monarca de los Devas, pues sólo allí en donde la verdad es adorada, puede con toda seguridad ser confiado el poder.

Con tales ejemplos á la vista, y rasgos de otros que podrían citarse, ¿qué importa que no se halle término alguno equivalente á la palabra «conciencia»? La idea de fidelidad al cumplimiento del deber, el conocimiento de la Ley del Deber, resaltan constantemente. ¿Y cuál es la palabra que es la nota fundamental del pueblo Indo? Es Dharma, y este es deber, rectitud.

¿Qué es, pues, la Ley del Deber? Ella varía con cada etapa de la evolución, aunque su principio fundamental es siempre el mismo. Esta Ley es progresiva, como lo es la evolución. El deber del salvaje no es el deber del hombre ilustrado y desarrollado. El deber del instructor no es el deber del rey. El deber del comerciante no es el deber del militar. Por lo tanto, al estudiar la Ley del Deber, debemos principiar por el estudio del lugar que ocupamos en la gran escala de la evolución; por el estudio de las circunstancias que nos rodean, las cuales demuestran nuestro Karma; por el estudio de nuestros poderes y capacidades, debiendo poner un especial cuidado en hacernos cargo y darnos cuenta de nuestras deficiencias y debilidades. Además de este cuidadoso estudio, debemos tratar de comprender la Ley del Deber por medio de la cual debemos dirigir nuestros pasos.

El Dharma es lo mismo para todos aquellos que se hallan en una misma etapa de evolución y en iguales circunstancias, y existe un Dharma común para todos. Todos tenemos deberes que cumplir. Los diez deberes establecidos por Manu son obligatorios para todos aquellos que desean trabajar de acuerdo con la evolución, los deberes generales que el hombre debe al hombre. La experiencia del pasado los ha sancionado, y ninguna duda puede caber acerca de ellos.

Existen, sin embargo, muchos aspectos del Dharma cuya naturaleza no es tan sencilla. La verdadera dificultad que hallan en su camino aquellos que pugnan por avanzar á lo largo del

sendero de la espiritualidad, consiste á menudo en saber distinguir su Dharma y comprender lo que la Ley del Deber exige.

En nuestra vida diaria se presentan muchos casos en que surgen conflictos entre los deberes que debemos cumplir. Un deber nos llama á una parte, y otro deber á otra. Entonces nos hallamos perplejos y confundidos en cuanto al Dharma, como lo estaba Arjuna en kurukshetra.

Estos casos constituyen algunas de las dificultades de la Vida Superior, y son las pruebas por las que tiene que pasar la Conciencia que se desarrolla. No es nada difícil ejecutar el deber que se presenta claro á nuestra vista, pues no es fácil que en tal caso incurramos en error. Pero cuando el sendero de la acción se halla oscurecido, cuando no podemos percibir nada, ¿de qué modo debemos entonces marchar á lo largo de nuestro obstruído camino y en medio de la oscuridad? Ante nosotros se presentan peligros que oscurecen nuestra razón y nuestra vista, y hacen que nos sea difícil percibir cuál es nuestro deber. Nuestras personalidades son siempre nuestros presentes y constantes enemigos; son aquel yo inferior que toma mil distintas formas; que á veces se disfraza con la máscara misma de Dharma, y de esta suerte nos impide comprender que, al seguirlo, estamos siguiendo el sendero del deseo más bien que el sendero del deber. ¿Cómo debemos, pues, manejarnos para distinguir cuando la personalidad nos domina, ó cuando es el deber quien nos guía? ¿Cómo debemos arreglarnos para comprender cuando somos mixtificados ó cuando la misma atmósfera de la personalidad que nos circunda desnaturaliza y falsea el objeto que nos proponemos por medio del deseo y la pasión?

En tales casos no conozco otro medio mejor que retirarse tranquilamente á la cámara del corazón; esforzarse en rechazar los deseos personales; luchar porfiadamente para separarnos por un momento de la personalidad, y considerar la cuestión bajo el punto de vista de la más amplia y más pura luz que nos sea posible, suplicando al mismo tiempo á nuestro Gurudeva que nos guíe. Entonces, por medio de la luz que podamos adquirir por la plegaria, por el análisis de uno mismo, y por la meditación, podemos elegir el sendero que nos parezca ser el sendero del deber. Sin embargo, podemos equivocarnos á pesar de todo; pero si nos equivocamos, después de haber hecho todo lo posible para ver claro, entonces debemos recordar que esta

equivocación es necesaria y está destinada á darnos una lección que es de vital interés para nuestro progreso. Es indudable, pues, que podemos equivocarnos, y ofuscados por la influencia del deseo, podemos elegir su sendero, y cuando creemos que estamos eligiendo Dharma, podemos ser movidos por Ahamkâra. Aun cuando esto suceda, no por ello es menos cierto que nos hemos esforzado en descubrir la verdad, y que hemos resuelto obrar todo lo bien posible. Del mismo modo, si al esforzarnos en practicar el bien labramos por el contrario el mal, podemos estar seguros que el Dios que mora en nuestro interior nos corregirá. ¿Qué motivo hay para desanimarse porque cometemos equivocaciones, cuando nuestro corazón se halla firme en el Supremo cuando luchamos para descubrir la verdad? No, ciertamente no hay motivo para tal cosa. Más aún; cuando nos hemos esforzado en obrar el bien, y, debido á nuestra ignorancia hemos labrado el mal, entonces veremos venir más bien con placer que con repugnancia, el dolor que esclarecerá nuestra visión mental, y clamaremos sin temor al Señor del fuego abrasador diciendo: «Envía de nuevo Tus llamas para que consuman todo lo que obstruye nuestra visión; para que consuman toda la escoria que está mezclada con el oro puro. Consume Tú, oh Radiante Uno, hasta que salgamos del fuego como oro puro y refinado en el cual toda impureza ha desaparecido.

Pero si por cobardía eludimos la responsabilidad de tomar resolución, y sordos á la voz de la conciencia, elegimos un sendero trillado que otros pueden decirnos que es el del bien, pero que nosotros sentimos que es el del mal, y así, contra nuestra conciencia, seguimos el sendero de otros, ¿qué es lo que habremos hecho? Habremos ahogado la voz divina que mora en nuestro interior; habremos escogido lo inferior con preferencia á lo superior; habremos elegido lo fácil y no lo difícil; habremos elegido la sumisión de la voluntad más bien que su purificación. Y aunque el sendero que recorramos, debido á la elección é iniciativa de otro, puede ser de los dos el mejor, esto no obstante habremos perjudicado á nuestra evolución por nuestra debilidad en dejar de hacer aquello que creímos ser lo justo. Este error es mil veces más fatal que las equivocaciones derivadas de las excitaciones del deseo. Hacer lo que creemos ser lo mejor, este es el único sendero seguro para aquel que aspira á la espiritualidad.

Si ultrajáis vuestro sentimiento de lo justo, considerando como verdadero aquello que en vuestro corazón sentís que es falso, y os sometéis á las prescripciones y mandatos de otro, entonces perdéis el poder y la facultad de saber distingir entre el bien y el mal, y extinguís la única luz que poseéis, por pobre é imperfecta que esta luz sea, y preferis marchar en la oscuridad más bien que á la débil luz del crepúsculo. ¿Cómo queréis ser aptos para distinguir entre la luz y las tinieblas, entre los Hermanos Blancos y los Negros? ¿Cómo queréis comprender que ésto es divino y aquéllo es âsúrico? ¿Cómo queréis distinguir al Deva del Asura, si no es poniéndolos á prueba por medio de la piedra de toque del cumplimiento del deber, y por la rectitud y alteza de miras que ellos encarnan? Allí donde no se cumple el deber; allí donde el amor, la compasión, la pureza y el propio sacrificio no se perciben, allí puede existir poder, pero allí no hay la espiritualidad que ilumina el mundo, y ofrece un ejemplo á los hombres.

En el sendero de la aspiración espiritual no debemos esperar encontrar un camino fácil y trillado, pues la vida espiritual no es posible obtenerla más que por medio de repetidos esfuerzos y constantes fracasos, y el sendero del deber sólo puede ser hallado por medio de una perseverancia indomable. Esforcémonos en conocer la verdad sea cual fuere el camino de angustias á través del cual debemos hallarla, y ella se presentará clara á nuestros ojos. Practiquemos el bien en nuestra vida diaria hasta donde nuestros poderes alcancen, y con toda seguridad nuestra percepción de la verdad se hará más y más vívida á medida que avancemos.

Pero, ya que muchos se hallan perplejos y confusos en cuanto á los guías que pueden ayudarles en su camino á través del sendero penoso, y en lo referente á los medios que deben emplear para distinguir á dichos guías, detengámonos un momento y veamos cuál es el carácter distintivo de la vida espiritual, de aquella espiritualidad que debe ser imitada, que debe ser vivida, y que es un ejemplo y una luz para el mundo.

El carácter distintivo del hombre espiritualmente desarrollado, apto para servir de guía, de instructor, de sostén de los demás, se manifiesta en la perfección de las cualidades que el aspirante trata de desarrollar en sí mismo. Este hombre espiritualmente desarollado ejecuta á la perfección lo que el aspiran-

te sólo consigue ejecutar por modo imperfecto. Este hombre encarna el ideal que el aspirante se esfuerza en reproducir. ¿Cuáles son, pues, estas cualidades que distingen la vida espiritual?

Por doquier vemos hombres y mujeres que buscan la luz, que con ansia desean progresar, turbados, confusos y desconcertados.

Para todos y para cada uno de aquellos con quienes nos encontramos, tenemos un deber que cumplir. Tenemos asimismo un deber que cumplir para con todas aquellas personas que nos rodean. El mundo no está regido por la ciega casualidad. Ningún acontecimiento fortuíto tiene lugar en la vida del hombre. Los deberes son obligaciones que debemos á los que nos rodean, y cada uno de aquellos con quienes estamos relacionados es uno á quien estamos obligados. ¿Qué es la obligación que debemos á cada uno de aquellos que nos rodean? Es el pago justo de aquellas deudas que nos son familiares en nuestros estudios; la obligación de respetar y obedecer á nuestros superiores; la obligación de ser amables, afectuosos y útiles para con aquellos que se hallan en nuestro mismo nivel; la obligación de proteger, amar, ayudar y compadecer á los que nos son inferiores. Estas obligaciones ó deberes son de carácter general, y ningún aspirante debe, cuando menos, omitir esfuerzo alguno para llenarlos cumplidamente, puesto que sin su debido cumplimiento no hay vida espiritual posible.

Sin embargo, hasta cuando nos hemos librado por completo de las deudas prescriptas por la letra de la ley; cuando hemos pagado y llenado las obligaciones impuestas por nuestro nacimiento, por nuestros lazos de familia, por las circunstancias sociales que nos rodean, y por nuestro Karma nacional, todavía queda entonces por cumplir un más elevado deber que podemos considerar como la luz que debe iluminar nuestro camino.

Siempre que se nos ofrezca la ocasión de tratar con una persona, debemos procurar que deje nuestra compañía, siendo un hombre mejor por el hecho de haberse puesto en contacto con nosotros. Cuando una persona ignorante se pone en contacto con nosotros, debemos hacer de modo que nos deje siendo un hombre mejor informado. Cuando una persona afligida se llega á nosotros, debemos procurar que nos abandone algo menos triste y pesarosa por haber nosotros tomado parte en su aflicción. Cuando hallamos una persona desvalida y nosotros somos fuer-

tes, que deje nuestra compañía sostenida por nuestra fuerza y energía, mas no humillada por nuestra soberbia y orgullo. Siempre en todas partes debemos ser benévolos y compasivos, amables y útiles á todos. No nos dejemos abatir por las contrariedades de la vida, á fin de no confundir y turbar á los demás. Bastantes penas y miserias existen en el mundo. Que el hombre espiritual sea un inagotable manantial de consuelo y de paz; que sea como una luz en el mundo, de modo que todos puedan marchar con mayor seguridad cuando se hallen dentro del círculo de su influencia. Debemos juzgar acerca de la valía de nuestra espiritualidad por los buenos efectos que produzca en el mundo, y debemos hacer de modo que el mundo crezca en pureza, bondad y felicidad por el solo hecho de que nosotros vivimos en él.

¿Para qué estamos aquí, sino para ayudarnos, amarnos y elevarnos unos á otros? ¿Sirve el hombre espiritual para impedir el progreso de sus semejantes ó para significarlos y enaltecerlos? ¿Debe ser un Salvador de la humanidad, ó uno que coloca obstáculos á la evolución de sus hermanos, y de quien se debe huir presuroso y desalentado? Observad hasta qué punto vuestra influencia afecta á los demás, y de qué modo vuestras palabras influyen sobre sus vidas. Vuestra lengua debe ser apacible, vuestras palabras deben ser amables. Ninguna palabra calumniosa, inculta ó mordaz, ninguna expresión maliciosa deben mancillar los labios que se esfuerzan en ser el vehículo de la vida espiritual. La dificultad se halla en nosotros y no fuera de nosotros. Es aquí, en nuestras mismas vidas y conducta, en donde la evolución espiritual debe tener lugar. Ayudad á vuestros hermanos, y no seáis inflexibles y rígidos con ellos. Levantadlos cuando caen, y recordad que, si hoy os mantenéis incólumes, mañana podéis caer también, y podéis tener necesidad de que la mano protectora de otro os ayude á levantaros.

Todas las escrituras declaran que el Corazón de la Vida Divina es Compasión Infinita. Compasivo debe ser, por lo tanto, el hombre espiritual. Debemos, pues, en nuestra escasa medida, en nuestras diminutas copas de amor, ofrecer á nuestros hermanos siquiera no sea más que una gota de este océano de compasión en el que el universo se baña. Ayudando á vuestros hermanos podéis tener la seguridad de que obráis bien, del mismo modo que podéis abrigar dicha seguridad siempre que anteponéis sus necesidades á las vuestras.

En esto y sólo en esto consiste la verdadera espiritualidad, y ella significa volver al punto del cual salimos. Ella significa el reconocimiento del Yo único en todas las cosas. El hombre espiritual debe vivir una vida más elevada que la vida del altruísmo. Debe vivir la vida de la identificacion de sí mismo con todo cuanto vive y se mueve. No hay «otra» vida en el mundo. Nosotros todos somos Uno. Cada uno de nosotros es una forma separada, pero un Espíritu único se mueve y vive en todos.

Escuchad lo que dijo el Amor Divino, Shrî Krishna, cuando contemplando el mundo de los hombres pronunció Su Divino veredicto sobre los justos y los pecadores. «Si el más grande de los pecadores—dijo—me rinde adoración desde el fondo de su alma, debe ser también considerado como justo, puesto que ha procedido con rectitud. Este pecador se convierte rápidamente en un justo, y se encamina hacia la paz eterna. Sabe tú, oh Kaunteya, que Mis devotos no perecen jamás» (1).

Obrad, pues, con rectitud y no temáis. Podréis equivocaros, podréis cometer errores, podréis caer una y otra vez, pero pronto llegaréis á ser justos, y os encaminaréis hacia la Paz Eterna.

Consagrémonos, pues, al Amor Supremo. Esforcémonos en reconocer nuestra unidad con El, y por lo tanto nuestra unidad con todas las demás unidades; y, debido á que habremos procedido con rectitud, aunque hayamos incurrido en errores y debilidades, podremos tener una confianza absoluta en la promesa de la Verdad Misma, la cual nos dice que rápidamente nos convertiremos en hombres justos y nos encaminaremos hacia la Paz.

Annie BESANT

El que toma estas cosas al pie de la letra y no tiene cuidado de buscar su sentido más elevado, *debe escupir y purificarse la boca*.

Plutarco.

(1) *Bhagavad Gitâ,* IX, 30-31.

El ocaso de los dioses.

—¿Sabe usted algo acerca de los *josses?*

—¿Josses?

—Sí; ídolos, ídolos japoneses, josses.

—Algo—respondí—; pero no mucho.

—Bien, vamos á ver mi colección, si usted quiere. He coleccionado josses durante veinte años, y he logrado poseer alguno de valor. No están puestos á la venta, sin embargo, excepto para el British Museum.

Seguí al curioso comerciante entre el *bric-a-brac* de su tienda, y pasé por un patio enlosado, á un go-down (1) de una magnitud nada común. Como todos los go-downs, era oscuro; pude apenas distinguir una á modo de escalera que se elevaba en la oscuridad. El mercader detuvo sus pasos.

—Podrá usted ver mejor dentro de un momento—; me dijo. —Había yo construído este aposento expresamente para ellos; pero ahora apenas es suficiente. Están todos en el segundo piso. Vamos derechos arriba; pero tened cuidado, los escalones son malos.

Subí; pasé á una habitación oscura, de techo muy alto, y me encontré frente á frente de los dioses.

En la sombra del gran go-down, el espectáculo era más que curioso, era fantasmagórico. Arhats y Buddhas y Bodhisattvas, é imágenes de una mitología aún más vieja, llenaban todo aquel espacio; no estaban colocadas por jerarquías, como en un templo, sino mezcladas sin orden, como en un pánico silencioso. Aparte de la rusticidad de múltiples de cabezas y aureolas rotas y manos elevadas en forma de amenaza ó de plegaria, aparte de la brillante confusión de dioses empolvados, medio iluminados por respiraderos cubiertos de telarañas en el pesado

(1) Nombre dado á los almacenes á prueba de incendios en los puertos abiertos del Extremo Oriente. La palabra se deriva de la malaya *gôdong*.

muro, poco fué lo que pude distinguir al principio; después, conforme la oscuridad se desvanecía, comencé á distinguir los personajes. Vi á Kwannon, en muchas formas; á Jizo, con diversos nombres; á Saka, á Yakushi, á Amida, á los Buddhas y sus discípulos. Eran muy viejos, y su arte no era precisamente japonés, ni de un lugar ó tiempo determinados: eran imágenes de Corea, de China, de India, tesoros traídos á través del mar en en los ricos días de las primitivas misiones buddhistas. Algunos estaban sentados sobre flores de loto, las flores de loto del milagroso nacimiento. Otros cabalgaban sobre leopardos, tigres leones ó monstruos míticos que representaban la luz, ó representaban la muerte. Uno, de tres cabezas y muchos brazos, siniestro y espléndido, parecía moverse en medio de las sombras, sobre un trono de oro, sostenido por un grupo de elefantes. Vi á Fudó, rodeado y guardado entre fuego, y Maya-Fujín, montando su pavo real celeste; y extrañamente mezclados con estas visiones buddhistas, como en el anacronismo de un Limbo, efigios armadas de daimyo, é imágenes de sabios chinos. Había altas representaciones de la ira, que empuñaban el rayo y se elevaban hasta el techo: los dioses Deva, como personificaciones del poder del huracán; los Ni-O, guardianes de las puertas de templos desaparecidos hace mucho tiempo. También había formas voluptuosamente femeninas. La gracia luminosa de sus miembros, plegados dentro de los cálices de loto, sus dedos ligeros, que contaban los números de las leyes de Dios, eran ideales verosímilmente inspirados en tiempos olvidados, por el encanto de alguna joven bailarina india. Apoyados contra el muro de ladrillo desnudo, pude percibir multitud de ídolos menores: figuras de demonios con ojos que ardían en la sombra como los ojos de un gato negro, y otras, medio de hombre, medio de pájaro, con alas y pico semejantes á los de las águilas, los *Tengu* de la fantasía japonesa.

—¿Bien?—interrogó el curioso comerciante con una sonrisa de satisfacción al ver mi evidente sorpresa.

—Es ciertamente una gran colección—, respondí.

Golpeó con su mano mi espalda, y exclamó triunfalmente á mi oído:—Me han costado cincuenta mil dollars.

Pero las imágenes mismas me decían cuánto mayor había sido su valor para la piedad olvidada, á pesar de la baratura del trabajo artístico en el Oriente. También me hablaban de mi-

llones de muertos, cuyos pies de peregrinos habían gastado los escalones que conducían á sus santuarios; de madres enterradas que solían suspender ante ellas los pequeños vestidos de los niños y enseñaban á éstos á murmurar plegarias, y me hablaban también de numerosas penas y esperanzas confiadas á ellos. Los fantasmas de sus adoradores de otros siglos les habían seguido en su destierro; un suave y dulce olor de incienso flotaba en aquel sitio polvoriento.

—¿Cómo se llamará éste?—preguntó la voz del comerciante. Se me ha dicho que es lo mejor del lote.

Apuntaba á una figura que reposaba sobre un triple loto de oro; era Avalokitesvara el «que se inclina sobre la tierra para oir el sonido de las plegarias...» *La cólera y el odio ceden á su nombre. El fuego se apaga por su nombre. Los demonios se desvanecen al sonido de su nombre. Por su nombre puede uno permanecer suspendido en el cielo, como un sol...* La delicadeza de sus miembros, la ternura de su sonrisa, eran ensueños del paraíso indio.

—Es un Kwannon—repliqué—y muy hermoso.

—Alguien me pagará un precio muy crecido por él—; dijo haciendo un guiño maligno.—¡Me ha costado bastante! Sin embargo, por regla general, obtengo estas cosas por poco precio. Hay pocas personas que se cuiden de comprarlas, y tienen que ser vendidas secretamente, ¿sabe usted? Esto me proporciona algunas ventajas. ¿Ve usted este joss del rincón, el camarada negro? ¿Quién es?

—Emmei-Jizo—respondí—. Jizo, el dispensador de larga vida. Debe ser muy viejo.

—Pues bien—, dijo poniendo otra vez su mano sobre mi hombro—; la persona que me vendió este objeto está hoy presa por habérmelo vendido.

Entonces estalló en una risa cordial, no sé si ante el recuerdo de su habilidad en la transacción, ó del infortunio de la persona que había vendido la estatua ilegalmente.

—Después —resumió— hubiera deseado obtener la devolución y me ofrece ya más de lo que le he dado por él. Pero que yo me niego. No es que sepa yo nada acerca de los josses, pero sé lo que valen. No hay otro ídolo semejante á éste en todo el país. El British Museum se consideraría satisfecho obteniéndolo.

—¿En cuánto intenta usted ofrecer la colección al British Museum?—me atreví á preguntar.

—Primero deseo preparar una exposición—replicó—. En Londres hay dinero para hacer una exposición de josses. El pueblo de Londres no ha visto nada semejante á esto en su vida. Luego, las gentes de iglesia ayudan á esta clase de exposiciones si se saben disponer adecuadamente; llaman la atención acerca de las misiones. ¡Idolos paganos del Japón!... ¿Os gusta este niño?

Yo miraba una pequeña imagen de color de oro de un niño desnudo, en pie, apuntando con una de sus manitas hacia arriba y con la otra hacia abajo; representaba el Buddha recién nacido. *Resplandeciente de luz nació del vientre de su madre, como el sol nace del Oriente... Anduvo en línea recta siete pasos, y las huellas de sus pies sobre la tierra quedaron ardiendo como siete estrellas. Y habló, con el lenguaje más claro, diciendo: «Este nacimiento es un nacimiento de Buddha. No renaceré. Solamente, esta última vez, he venido para la salvación de todos en la tierra y en los cielos.»*

—Esto es lo que llaman un Tanjo-Shaka—dije—; parece de bronce.

—Bronce es—, respondió golpeando con los nudillos para hacer sonar el metal—. El bronce solamente vale más que el precio que he pagado.

Yo miraba á los cuatro Devas, cuyas cabezas casi tocaban al techo, y pensé en lo que, de la historia de su aparición, dice Mahavagga. *En una bella noche, los cuatro grandes reyes entraron en el bosque sagrado, llenándolo todo de luz, y habiendo saludado respetuosamente al Único Santo, se extendieron en las cuatro direcciones, como cuatro grandes espadas de fuego.*

—¿Cómo os habéis ingeniado para traer aquí estas grandes figuras?—pregunté.

—¡Oh, subiéndolas por un agujero! La dificultad verdadera consistía en traerlas aquí por tren. Era el primer viaje por ferrocarril que hacían... Pero miradlos desde aquí. ¡Están deseando producir efecto en su exposición!

Me hizo observar dos pequeñas imágenes de madera, aproximadamente de tres pies de altura.

—¿Por qué piensa usted que producirán sensación?—pregunté inocentemente.

—¿No ve usted lo que son? Datan del tiempo de las persecuciones. *¡Diablos japoneses pisoteando la cruz!*

Eran solamente pequeños guardianes de los templos; pero sus pies descansaban sobre soportes en forma de X.

—¿Quién os ha dicho que estos son diablos pisoteando la cruz?—me arriesgué á preguntar.

—¿Qué otra cosa pueden ser?—respondió evasivamente—. ¡Mirad la cruz bajo sus pies!

—Pues no son diablos—insistí—; y estas piezas en cruz fueron puestas bajo sus pies sencillamente para mantenerlos en equilibrio.

No dijo nada; pero miró á los ídolos desengañado, y yo sentí una pequeña pesadumbre por él. *Demonios pisoteando la cruz.* Estas palabras, alineadas en algún cartel de Londres que anunciase la llegada de «josses del Japón», habrían llegado á cautivar los ojos del público.

—Esto es más admirable—dije apuntando á un bello grupo.—Maya con el infante Buddha saliendo de su costado conforme á la tradición. *Sin dolor, el Bodhisattva nació de su costado derecho. Era el día octavo de la cuarta luna.*

—Este es también de bronce—hizo notar golpeándolo—. Los josses de bronce se consiguen ya difícilmente. Antes acostumbrábamos á comprarlos y venderlos como metal viejo. ¡Ya quisiera yo tener ahora alguno de aquéllos! ¡Si hubiese usted visto los bronces que, en otros días, recibíamos de los templos! campanas, vasos y josses. Entonces fué cuando tratamos de comprar el Diabutsu en Kamakura.

—¿Por bronce viejo? pregunté.

—Sí. Calculamos el peso del metal, y formamos un sindicato. Nuestro primer ofrecimiento fué treinta mil dollars. Pudimos haber obtenido un gran provecho, porque hay una buena cantidad de oro y plata en la obra. Los sacerdotes deseaban venderlo, pero el pueblo no quiso permitírselo.

—Es una de las maravillas del mundo—dije—. ¿Le habría usted destruído realmente?

—Desde luego. ¿Por qué no? ¿Qué otra cosa podría haber hecho con él?... Este otro puede considerarse como una virgen María, ¿no es así?

Señalaba la imagen dorada de una mujer que apretaba á un niño contra su pecho.

—Sí—repliqué—; pero es Kishibojin, la diosa que ama á los niños pequeños.

—La gente habla de idolatría—dijo con aire reflexivo—. Yo he visto imágenes muy semejantes á ésta en las iglesias católicas. Me parece que la religión es, en gran parte, la misma por todo el mundo.

—Me parece que está usted en lo cierto—, le dije.

—Porque la historia de Buhdha es igual á la historia de Cristo, ¿no es así?

—En cierto modo—asentí.

—Sino que Buddha ¿no fué sacrificado?

—No respondí, preocupado con el siguiente texto: *En todo el mundo no hay un lugar, ni siquiera del tamaño de un grano de mostaza, donde no se haya transfundido su cuerpo por amor á las criaturas*. En aquel momento me pareció repentinamente que esto era verdad. Porque el Buddha del buddhismo más profundo no es Gautama, ni tampoco Tathâgata, sino, simplemente, lo divino en el hombre. Todos somos crisálidas del infinito, cada uno contiene un Buddha espiritual, y los millones de Buddhas no son sino uno. Toda la humanidad es, potencialmente, el Buddha por venir, soñado al través de las edades de ilusión, y la sonrisa del Maestro hará bello el mundo otra vez, cuando haya perecido el egoísmo. Cada noble sacrificio aproxima la hora de su despertar, y ¿quién puede razonablemente dudar (recordando las miriadas de siglos de la vida del hombre) que aun ahora exista algún lugar en la tierra donde la vida no haya sido libremente sacrificada por amor ó por deber?

Otra vez sentí la mano del curioso mercader sobre mi hombro.

—En todo caso—gritó en un tono excitado—, todo esto será apreciado en el British Museum, ¿eh?

—Así lo espero. Merecen serlo.

Y me representé á las imágenes instaladas en alguna sala de esas vastas necrópolis de dioses, bajo la oscuridad de una densa niebla, al lado de divinidades olvidadas de Egipto ó Babilonia, y temblando débilmente ante el estrépito de Londres; todo ello ¿con qué fin? Quizás para ayudar á otro Alma Tadema á pintar la belleza de otra civilización desvanecida; quizás para auxiliar la ilustración de algún Diccionario Inglés acerca del Buddhismo; quizás para inspirar á algún futuro laureado una metáfora vibrante, como la imagen de Tennyson de «el toro asirio grasiento y rizoso». Seguramente no serán conservados

en vano. Los pensadores de una era menos convencional y egoista enseñarán nuevamente á reverenciarlos. Cada ídolo formado por la fé humana es como la concha que encierra una verdad eternamente divina, y esta concha puede contener un poder espiritual. La dulce serenidad, la ternura desapasionada de la cara de Buddha, puede aún dar la paz del alma al Occidente, cansado de creencias transformadas en convencionalismos, ansioso de la llegada de otro maestro que proclame: *Yo tengo los mismos sentimientos para el alto que para el bajo, para el moral que para el inmoral, para el depravado que para el virtuoso, para los que sostienen ideas de sectario y falsas opiniones, que para aquellos cuyas creencias son buenas y verdaderas.*

Lafcadio Hearn.

Teosofía y Teosofistas.

A la pregunta ¿qué es lo que cree la Sociedad Teosófica? contestaba H. P. Blavatsky con toda la énfasis posible: «*Como cuerpo*, nada. La Sociedad, como cuerpo, no tiene creencia, siendo así que las creencias no son más que las cáscaras que rodean el conocimiento espiritual; y la Teosofía, en su fruición, es el *Conocimiento espiritual mismo*—la esencia misma de la indagación filosófica y teísta. Siendo una expresión visible de la Teosofía Universal, no puede ser más sectaria que una Sociedad Geográfica que representa la exploración geográfica universal sin cuidarse del *credo particular* de cada uno de sus miembros. La religión de la Sociedad Teosófica es una ecuación algebráica en la cual, mientras no se omita el *signo de igualdad* (=), cada miembro puede sustituir cantidades suyas, las que concuerden mejor con las exigencias climatéricas de su país natal, con las idiosincrasias de su nación, ó aun con las suyas propias. No teniendo credo aceptado, nuestra Sociedad está pronta á dar y á recibir, á aprender y á enseñar por la experimentación práctica en contradistinción *á la aceptación pasiva y crédula* de cualquier dogma. Está dispuesta á aceptar todo resultado que pretenda cualquiera de las citadas escuelas ó sistemas, el cual puede demostrarse lógica y experimental-

mente. Recíprocamente *no puede aceptar ningún aserto por mera fe y crédito*, sea quien fuere el que lo hiciere.

Pero cuando más consideramos, individualmente es otra cosa. Los miembros de la Sociedad representan las más diversas nacionalidades y razas, y han nacido y sido educados en las más heterogéneas creencias y condiciones sociales. Algunos creen en una cosa, otros en otra. Algunos se inclinan hacia la magia antigua ó sabiduría secreta que se enseñaba en los santuarios, la cual era todo lo contrario del supernaturalismo ó diabolismo; otros en el espiritualismo moderno ó comercio con los espíritus de los muertos; otros en mesmerismo ó magnetismo animal, ó tan sólo en una fuerza dinámica oculta en la naturaleza. *Los hay que no han adquirido todavía una creencia definida*, sino que están en un estado de expectación atenta, y hay aún los que se llaman á sí mismos materialistas en cierto sentido... Puede haber miembros que, como el poeta Shelley, han echado á volar su imaginación de una causa á otra anterior, *adfinitum*... Pero no son ateos en el sentido especulativo; sea que identifiquen las fuerzas materiales del Universo con las funciones con que los teístas dotan á su Dios, ó de otra manera; pues ya que no pueden librarse del concepto del ideal abstracto de poder, causa, necesidad y efecto, pueden ser considerados como ateos sólo respecto de un Dios personal, y no del Alma Universal del panteísta... La idea fundamental de la Sociedad es *la investigación libre é intrépida*.

Como cuerpo, la Sociedad Teosófica sostiene que todos los pensadores é investigadores originales del lado oculto de la naturaleza sean materialistas, los que hallan en la materia «la promesa y la potencia de toda su vida terrestre», ó espiritualistas, esto es, los que descubren en el espíritu el manantial de toda energía y también de la materia, eran y son propiamente teosofistas. Pues para serlo no necesita uno indispensablemente reconocer la existencia de cualquier Dios ó deidad especial. Le basta adorar al espíritu de la naturaleza viviente y procurar identificarse con él; reverenciar aquella *presencia*, la causa invisible que está siempre manifestándose en sus incesantes resultados; en el Proteo intangible, omnipotente y omnipresente, indivisible en su esencia y en su forma falaz, sin embargo, apareciendo bajo todas las formas y bajo cada una de ellas; que está aquí y allí, y en todas partes y en ninguna parte;

que es *todo y nada;* omnipresente, y sin embargo, una; la Esencia que llena, une, limita y contiene todas las cosas, contenida de todas. Creemos que ahora se comprenderá que, sea que se clasifique á esos hombres como teístas, panteístas ó ateístas, son próximos parientes los demás. Sea lo que él fuere, luego que un estudiante abandona el camino trillado de la rutina y entra en el sendero solitario del pensamiento independiente hacia Dios, él es teosofista; un pensador original, un investigador de la verdad eterna, con «una inspiración propia», para resolver los problemas universales.

Nacida en los Estados Unidos de América, la Sociedad fué constituída sobre el modelo de su Madre Patria. Esta, omitiendo el nombre de Dios en su constitución, no sea que diese algún día un pretexto para hacer una religión de estado, da en sus leyes igualdad absoluta á todas las religiones. La Sociedad modelada sobre esta constitución, puede con justicia llamarse una *¡república de la conciencia!*

Nuestros miembros, como individuos, son libres para quedarse dentro ó fuera de cualquier credo que gusten, con tal que no pretendan que nadie sino ellos han de gozar el privilegio de la conciencia, y no procura imponer sus opiniones á los demás. Sobre este particular las reglas de la Sociedad son muy estrictas. Procura obrar según el antiguo axioma buddhista: «Honra tu propia fe y no hables mal de la de los demás», procepto repetido en nuestro siglo en la «Declaración de Principios» de la Brama Samaj, la cual tan noblemente declara que «ninguna secta será envilecida, ridiculizada ú odiada». En la Sección VI de las Reglas Revisadas de la Sociedad Teosófica, recientemente adoptadas en una Junta general en Bombay, se halla esta cláusula:

«Es ilegal por parte de todo oficial de la Sociedad Madre expresar por palabra ó acción cualquiera hostilidad ó parcialidad para una sección (división sectaria ó grupo dentro de la Sociedad) respecto de otra. Todos han sido considerados y tratados como igualmente objetos del cuidado y de los esfuerzos de la Sociedad. Todos tienen igual derecho á presentar ante el tribunal de un mundo imparcial los puntos esenciales de su creencia religiosa.»

«Es posible que en su capacidad individual, los miembros quebranten alguna que otra vez esta regla, cuando se hallan ata-

cados; sin embargo, *como oficiales están restringidos,* y durante las sesiones dicha regla está estrictamente en vigor, porque por encima de todas las sectas humanas está la Teosofía en su sentido abstracto, la Teosofía que es demasiado vasta para ser contenida en cualquiera de ellas, pero que las contiene todas fácilmente (1).»

Hace unos treinta años que se viene hablando y escribiendo acerca de lo que son la Teosofía y la Sociedad Teosófica, pero á pesar de los múltiples comentarios de los objetos de la Sociedad, hay todavía una multitud de conceptos erróneos, no sólo fuera, sino también dentro de la Sociedad, y los ha de haber por mucho tiempo, pues NATURA NON SALTET, y el desarrollo de cada individuo es necesariamente progresivo. El mero ingresar en la Sociedad NO NIVELA LAS INTELIGENCIAS, y por consiguiente se cuentran entre los miembros todas las diversidades posibles, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el espiritual. No es de extrañar, por lo tanto, que aunque todos los miembros al ingresar suscriban los tres objetos, especialmente el primero, el cual es principal, NO SON MUY POCOS los que manifiestan más ó menos tendencias á atribuir á la Sociedad un carácter sectario. El ideal antisectario no puede ser comprendido verdaderamente, *sino por muy pocos*, pues aunque muchos manifiestan bastante tolerancia cuando todo va bien, pierden fácilmente los estribos cuando surge un choque de opiniones sobre un asunto que accidentalmente se asocia con algún procedimiento oficial. Así, por ejemplo, la mayor parte de los miembros tenemos alguna creencia en los Maestros de H. P. Blavatsky. Esta creencia es rigurosamente lógica porque se desprende naturalmente de todo estudio serio de la evolución humana, en cuyas múltiples etapas se hallan hombres diversamente desarrollados intelectual y espiritualmente. Esto no se reconoce tan solo por la gran mayoría de los Teosofistas, sino que se ha firmado entre los profanos, pues, si no recuerdo mal, dijo Herber Spencer *que ha de haber en este Universo seres tan superiores al hombre como éste lo es al escarabajo.* Ahora bien, esta creencia, aun cuando fuese unánime en la Sociedad Teosófica, no puede nunca erigirse en dogma, pues como se ha repetido ADNAUSEAM, la Sociedad no tiene un solo dogma, y el exigir

(1) Véase *The Theosophist*, vol. I, núm. 1, Octubre de 1879.

á algún miembro la aceptación de cualquier credo, dogma ú opinión, ES UN ACTO ANTICONSTITUCIONAL. Aunque mis lectores saben esto probablemente tan bien como yo, voy á citar las palabras del Coronel Olcott, extractadas de un documento publicado en 1894 por el Consejo General, y cuyo título es *The Neutrality of the Theosophical Society* (Neutralidad de la Sociedad Teosófica). Dijo así el venerable Presidente: «Nadie conoce mejor que yo el hecho de la existencia de los Maestros. *Sin embargo, yo renunciaría mi cargo sin vacilar, si se reformase la constitución con el objeto de erigir en dogma semejante creencia; cada uno de los miembros es libre para descreer y negar su existencia, así como lo soy para creer y afirmarla... Ha llegado el momento de declarar oficialmente que es ilegal afirmar que la creencia en los Mahatmas es un dogma de la Sociedad ó que son autoritarias é infalibles las comunicaciones que real ó presuntivamente proceden de ellos.*»

En otro lugar dice: «*La Constitución es nuestra salvaguardia, y debemos hacerla el símbolo de justicia ó esperar á que se desintegre nuestra Sociedad.*»

Todo teosofista que se esfuerza en permanecer fiel á la Constitución, tiene necesariamente que hacer abstracción de todas sus creencias particulares cuando se trata de un asunto de INTERÉS GENERAL. Esto no quiere decir que renuncie por un solo momento á dichas creencias, sino que se abstiene de influir indebidamente sobre aquellos que tienen creencias diferentes de las suyas, y reconoce constantemente para los demás los mismos derechos de pensar y hablar que pretende para sí mismo, así como lo expresó tan claramente el Coronel Olcott.

Aun cuando abarcare la Sociedad Teosófica á todos los habitantes de la tierra, y aun cuando todos sus miembros tuvieran durante siglos una creencia unánime respecto de cualquier asunto particular, tal creencia no podría ser nunca legítimamente erigida en dogma de la Sociedad, por la sencilla razón de que entre los millones que nacen cada día pudiera haber alguno que más tarde no quisiera aceptar dicho dogma. La Teosofía no consiste en CREENCIAS unánimes, sino que es la Base única en que descansan todas las verdades parciales que cada uno viene reconociendo á medida que adelanta en su propia evolución hacia el Divino Autoconocimiento.

La Sociedad Teosófica es, por su constitución, superior á todo sectarismo. Más aún, en su PLATAFORMA UNIVERSAL caben todos

los sectarismos posibles, todas las ideas, conceptos y opiniones pasadas, presentes y futuras, sobre ciencia, filosofía y religión. Cada miembro tiene individualmente pleno derecho para pertenecer al sistema religioso ó á la escuela filosófica particular que guste para seguir á la autoridad personal que quiera, y nadie tiene derecho para criticarle acerca de ello, así como él no tiene derecho para criticar á los que pertenecen á otros sistemas ó escuelas y siguen á otras autoridades. Teóricamente, la gran mayoría de los miembros parecen comprender perfectamente este carácter universal de la Sociedad Teosófica; pero en la práctica estamos casi todos expuestos á errar, ya sea de un modo ya sea de otro. La razón de ello es que solemos ser guiados por nuestros deseos, emociones y pasiones, más que por nuestros pensamientos abstractos, y el Sublime Ideal es todavía para muchos una mera idea, abstracta en la mayor parte de las circunstancias adversas. A la verdad, se requiere un desarrollo espiritual más que ordinario para practicar la tolerancia con todos y en todas las circunstancias. Sería, por lo tanto, una injusticia CENSURAR DESPIADADAMENTE LOS ERRORES DE OTRO MIEMBRO, ya que no estamos seguros de no incurrir en errores de la misma especie, de mayor ó menor importancia, y la experiencia demuestra que cuando se critica á otro personalmente y con inflexible severidad, se suele caer tarde ó temprano en el mismo error que se pretende censurar. Por cierto que cada uno tiene derecho para expresar su opinión en un asunto de interés general y para señalar errores doquiera que los hubiere, y en realidad es un deber hacerlo como atribución á la manifestación de la Verdad y al progreso colectivo; pero es necesario tener mucho tacto á fin de no estimular inadvertidamente el amor propio de los hermanos errados.

Espero que estas consideraciones sean de alguna utilidad á mis hermanos mejicanos para sus trabajos en la formación de un núcleo de la Fraternidad Universal. Es de la mayor importancia que los que contribuímos á la difusión de los principios de Amor, Compasión y Tolerancia, no nos dejemos llevar por un celo excesivo respecto de la fundación de nuevas ramas. El movimiento Teosófico es, ante todo, espiritual y no meramente intelectual. Oportuno es repetir aquí lo que escribió H. P. Blavatsky en 1889, á la Convención Americana:

«Ahora que la organización para la difusión de la Teosofía

va creciendo rápidamente, debemos recordar la necesidad que hay de consolidarla. La Sociedad debe crecer proporcional y no demasiado rápidamente, no sea que, como sucede con algunos niños, su crecimiento excediere á sus fuerzas y llegare un período de dificultad y peligro cuando se detiene el crecimiento natural para impedir la ruína del organismo. Este es un hecho muy real en el crecimiento de los séres humanos, y debemos vigilar con cuidado que el *niño grande*, la Sociedad Teosófica, no sufra por la misma causa.»

Este consejo es de tener presente, pues la experiencia demuestra que todo grupo que se forma de elementos más ó menos antagonistas, tiene que sufrir discordias, divisiones y en muchos casos acabar por desintegrarse. La consolidación de la Sociedad Teosófica no se puede efectuar sino por la consolidación de cada rama, y depende, por tanto, de los esfuerzos de los miembros abnegados y prudentes. La propaganda del Sublime Ideal no hace acepción de personas, y consiste ante todo en la práctica de todas las virtudes; *pero la admisión de nuevos miembros requiere sumo tacto,* pues es necesario asegurarse de que todo postulante tiene verdaderamente un elevado concepto del Sublime Ideal, y hacer comprender á los curiosos, ociosos y ambiciosos, *que la Sociedad no tiene nada que les pueda satisfacer.*

La vitalidad de una rama no consiste en la polimatía de sus miembros, sino en el respeto profundo y constante de todos para con el Primer y Principal objeto de la Sociedad. El lema de todo verdadero miembro de la Sociedad Teosófica ha de ser por consiguiente: FIDELIDAD Á LA CONSTITUCIÓN.

A. F. GERLING

Muchas veces son enigmas, y aquel que no es iniciado no debe tomarlos á risa.

(Zeus en «Consejo de los Dioses»).

Luciano.

¡ÉL SÓLO LO SABE!

(Paráfrasis tomada del Rig Veda.)

«Tan sólo el Infinito y el Espacio pueden comprender el Infinito. Sólo Dios puede comprender á Dios.»

KRISTNA.

¿Quién sabe de dónde surgieron los mundos,
Los mundos que trazan su giro en la esfera,
Preñando la noche de suaves fulgares
Y febles murmullos y dulces cadencias?
¿Quién sabe de dónde brotó la armonía
Sublime del cielo en la noche serena,
La voz creadora que truena en la nube,
Retumba en el valle, suspira en la selva?
¡Profundos arcanos de gloria sin cuento
Que anima, estrellando la cúpula inmensa.
La ráfaga ignota que en cifras de plata
Señala á los hombres su sino en la tierra!
Él todo, lo Eterno, sin nombre ni símbolo,
El Sér Absoluto que todo lo llena
Quizás en la *nada*, do nubla su frente,
Forjara del *hágase* la orden suprema.
¡Sólo Él lo sabe!... Su voz creadora
Que inflama los astros y el éter penetra,
Quizás en los siglos fijará *ab eterno*
La *Ley de la Vida* que al Cosmos sustenta.
¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!... Acaso su Mente
Creáralo espíritu y forma le diera,
Tendiendo *el Oculto* que niega á los ojos
La mágica mónada que arde en la esencia.
Y luego inconsciente, sin lumbre de vida,
Sumido en el Logos y absorto en la Idea,
Hundió para siempre su propio destino,
Rindiendo al *nirvana* la triste existencia.
Acaso con ansias de oculto desvelo,
Artífice amante, los mundos sustenta...
¡Quién mide su arcano!... ¡Quién sabe si existe!
¡Ah!... *¡Sólo Él lo sabe! ... ¡Quizás no lo sepa!*

RAZULÍ

Cómo se ha de estudiar la Teosofía.

MUCHAS veces se nos pregunta y oímos preguntar á los demás: «¿Qué es la Teosofía? ¿Dónde se estudia eso? ¿Podría usted indicarme un libro donde se dieran algunas indicaciones sobre el particular?»

Las contestaciones no suelen ser por lo común lo suficientemente claras, ni las más adecuadas muchas veces.

El que pregunta es también casi siempre un perezoso que desea evitarse tiempo, ahorrarse algún trabajo, y que prefiere una información de momento que le remedie en seguida, á un trabajo concienzudo que le ilustre de verdad sobre el asunto.

Es muy fácil adivinar en esas preguntas un puro espíritu de curiosidad y no un deseo de saber algo verdaderamente útil.

Cuando el buen estudiante, que naturalmente sigue estudiando y estudiará toda la vida, no contesta de la manera categórica que se le pide, y queriendo satisfacer en parte, en lo que puede, el deseo del que pregunta, expone á grandes rasgos las nociones más salientes de la enseñanza teosófica, y guiado de verdadera modestia, de perfecta justicia y de un espíritu recto aconseja la lectura de algunos libros, el desencanto de los abreviadores de tiempo se denuncia en seguida.

Una mala inteligencia, una falsa asociación de las ideas y una superstición de las palabras, hace ver por lo general al ignorante, al que sólo conoce, por ejemplo, la palabra teosofía, una religión más, una religión como el protestantismo según lo consideran las personas menos cultas de los países católicos, una religión como el mahometismo según lo imaginan los menos enterados del mismo, que han nacido en un país donde no existe. Conciben la Teosofía, en una palabra, como una religión en contra de la religión de un pueblo, si no es que la conciben como un paganismo, como una heregía, como una cosa mala, pecaminosa ó extravagante.

Cuando se dice que la Teosofía no es una religión, empieza el desencanto, y cuando se expone en líneas generales el objeto y la finalidad de la enseñanza teosófica, el meramente curioso se retira y aleja como un hombre que ha sufrido una equivocación lamentable ó que hubiera abierto un cuarto que creyera desocupado y le hallase lleno de gente.

Esos curiosos de primer grado se alejan en seguida, pero hay otros que, tercos en la curiosidad, no en el saber, prosiguen más adelante cuando llega á su noticia que hay obras fundamentales, grandísimas, de gran volumen y apretada lectura, se dirigen á ellas principalmente. *La Doctrina Secreta* é *Isis sin Velo,* de H. P. B., se solicitan y se piden por los curiosos de segundo grado, que se enfrascan en seguida en la lectura de esos libros que toman sencillamente por los misales de una religión que no conocían.

El perjuicio que se ocasionan con semejante trabajo es notorio. Un gran número de personas que sólo han leído esas obras han desertado antes de ingresar en la Teosofía, como han desertado y desertarían de la palabra de Dios, los que queriendo ser cristianos, católicos ó protestantes, empezaron la lectura de la Biblia por algunos capítulos de Ezequiel.

Han cometido un error, han sufrido una precipitación que les castiga, y lejos de apartarse ellos del libro, de rechazar una enseñanza que han solicitado y pedido, es la misma enseñanza, el mismo libro, el que *se les cae de las manos* y se aparta de ellos.

Hay que proceder con orden, y uno de los deberes más sagrados que tiene el buen estudiante, y el perfecto propagandista ó expositor de cualquier doctrina, es dignificarla siempre y ofrecerla del mejor modo posible. Cuando se trate de enseñar, de ilustrar, de dar á conocer á un ignorante las enseñanzas teosóficas, se ha de proceder con orden, con método.

Esto se ha comprendido en muchas partes y no es raro, por ejemplo, sino por lo contrario, lo corriente y lo normal, ver en las publicaciones inglesas, holandesas, suecas, francesas é italianas, al final de las mismas, un plan de estudio graduado de enseñanza teosófica, que es el más adecuado y conveniente para el estudio.

Los mejores libros para empezar son los más sencillos, los más breves, los que dan indicaciones generales para comenzar el estudio.

El A. B. C. de la Teosofía, *La Introducción de la Teosofía*, de A. Besant, las conferencias sobre Teosofía, del Dr. Pascal en la Universidad de Ginebra, *Bosquejo Teosófico*, de Leadbeater y finalmente *La clave de la Teosofía* por H. B. B.

Una consideración general que debe hacerse á todo el que quiera saltar por el orden establecido para el estudio, es que no ha de hallar substancialmente *más cosas* en los libros más elevados y últimos de la enseñanza teosófica, que la que se dice en *cualquiera de los más elementales*. Todo lo que dicen los mejores Teólogos de la Iglesia, es lo mismo que puede verse en el *Catecismo* del P. Ripalda, como toda la Teología protestante está en el *Catecismo* de Lutero, y la doctrina del Buddha que tantísimos volumenes ocupa, estudiada en las regiones más elevadas, está condensada y dicha en las mil líneas escasas que constituyen el *Dhammapada*.

ARIMÍ

San Sebastiana Esperantista Grupo Teosofista.

Oni invitas chiujn esperantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau proponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia*. Ni proponas nian kunlaboradon en samespecaj fremdaj revuoj.

Grupo Esperantista Teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto, para publicarlos en nuestra SOPHIA. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de igual especie.

PENSAMIENTOS

Tres asuntos hay que deben mirarse como de la más alta importancia en el gobierno de un país: *Establecimiento de ritos ó ceremonias, fijación de las leyes suntuarias y alteración de los caracteres de la escritura*. Los que á todo ello se conforman cometen pocas faltas.

Las reglas de administración de los tiempos antiguos, aunque excelentes, no tienen suficiente autoridad porque el tiempo no permite identificarlas, y así no pueden obtener la confianza del pueblo. Las leyes propuestas por sabios no investidos de la dignidad imperial, aunque excelentes, no obtienen el respeto necesario y, por ello, la confianza del pueblo, el cual no las observa.

Por eso el deber de un príncipe sabio está en implantar las leyes más importantes, teniendo su base fundamental en él mismo; la autoridad de su virtud y de su alta dignidad se impone á todo el pueblo, establece sus leyes imitando las del cielo y de la tierra, y no encuentra oposición alguna, busca la verdad en los espíritus superiores y nos saca de nuestras dudas; cien generaciones aguardan al santo hombre y no está sujeto á nuestros errores.

Busca la prueba de la verdad en las inteligencias superiores y, por lo tanto, conoce profundamente la ley divina. *Cien generaciones le aguardan y no se halla sujeto á nuestros errores;* se ve, pues, que conoce á fondo las leyes humanas.

Por eso el príncipe sabio no tiene más que obrar, y por espacio de siglos sus acciones son la ley del imperio; no hace más que hablar, y sus palabras son la regla del imperio; los pueblos que antes se alejaron tienen hoy esperanza en él. Los reyes vecinos no le molestarán nunca.

El *Libro de los versos* dice:

«En aquéllos no hay odio, en éstos no hay sociedad.
¡Oh! Por mañana y tarde será objeto de eternas alabanzas.»

No ha habido nunca príncipes sabios que no hayan obtenido un justo renombre en el mundo.

CONFUCIO

División de la Doctrina Cristiana.

(CONCLUSIÓN)

III

EN la Epístola de Santiago, I-27, se dice refiriéndose al Dios «Aquel en quien no hay mudanza ni sombra de variación.» ¿Cómo, pues, Aquél ha de variar sus designios y rectificar su obra por virtud de una plegaria ú oración nuestra?

Las condiciones de Omnipotente y Justo traen aparejadas la de inalterable; por lo que á Dios no le es dado asentir á nuestras indicaciones, so pena de cometer injusticia y aceptar lección ó sufrir desengaño.

La oración que implica la sola petición oral de medios de satisfacer necesidades ó deseos, es una blasfemia; pues ello supone que Aquél pueda olvidar ó ignorar lo que cada cual necesita, y dejar de atender lo que á cada uno toque con arreglo á su necesidad.

De lo contrario, si mediante la oración Dios hace conseguir al hombre lo que desee, es inútil ó necio todo trabajo y actividad, el hombre aprovechado debe holgar y rezar.

San Mateo, en X-29, dice: «Que sin conocimiento de Aquél ni un pajarillo cae á tierra»; y en los Hechos X: «que todo lo compenetra, todo lo abarca, todo lo contiene», y «en quien vivimos y nos movemos y somos»; tales citas convienen con el adagio vulgar «á Dios rogando y con el mazo dando», lo que completa y vulgariza la idea de la más perfecta justicia en todo proceso y todos los hechos y vicisitudes que ocurrir puedan al hombre.

Toda deuda contraída exige el pago para su debido saldo; todo mal ha de pagarse con sufrimientos y todo pensamiento torcido, deseo perverso y acción injusta, acasionan trabas para proseguir una marcha serena y tranquila por el sendero en la

vida posterior; trabas que no pueden desplegar ninguna plegaria oral y simple, sino que ha de ser salvada por el sufrimiento que ocasione el choque con ella y el trabajo que implique su destrucción.

La oración más virtual consiste en la más pura intención y el deseo más ferviente que motive la acción más constante y apropiada; la mejor oración es la que contiene más voluntad, y su proceso se reduce á obrar en vez de hablar.

La oración á que se refiere San Mateo, VI-6, y que dice: «Mas tú cuando ores éntrate en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora á tu Padre que está en secreto y Él te recompensará en público.» Ello implica la forma más asequible de alcanzar el silencio en todo ruído externo á nosotros mismos, de todo tumulto producido por las actividades físicas para poder dejar á la mente en disposición de reconcentrar su atención para percibir toda emanación de su Yo interno, de su conciencia espiritual que imprime consejos á la conciencia cerebral, que le dé alientos y que la ilumine.

Dicha oración es del todo muda, y como se dirige á la contemplación de la entidad más elevada y pura que en nosotros existe, sólo pureza y bien puede emanar de sí. Tal es la oración que aconsejan todas las religiones, y en la cristiana no es nada difícil amontonar citas bíblicas y de Santos Padres que lo confirman. Francisco López, beato de la Tercera Orden de San Francisco, dice: «Más aprovecha al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias, y con resignación y humildad, que cinco días de ejercicios penales, de cilicios, disciplinas, ayunos y dormir en tablas; porque todo es afligir al cuerpo y con recogimiento se purifica el alma.»

Y, por último, la oración más terminada y completa la expresa Teofilato cuando dice: «El que hace cosas buenas no deja de orar sino cuando deja de ser justo»; y San Juan Crisóstomo, en Super, 8 ad Thesalom, escribe: «El justo no deja de orar si no deja de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, y el buen deseo es oración, y si es continuo el deseo es también continua la oración.»

Existe una oración que atesora virtudes reales é inmediatas para conseguir todo acto de bondad, de interés y de riquezas positivas; tal es la meditación más atenta y apartada de que todo hecho ocurre sólo en cumplimiento de la Ley, y que todo

cuanto nos sobreviene procede de nuestros actos anteriores, y que todo dolor es origen de la dicha.

Más adelante podremos ver confirmada y clara esta teoría, con suma de detalles y sin sombra alguna que pueda aparecerla equívoca.

En los Misterios de Isis se recitaba la oración siguiente: «Las potencias celestes te sirven, los Infiernos te someten, tu mano mueve el Universo, tus pies pisan el Tártaro, los astros contestan á tu voz, las estaciones aparecen por orden tuya, los elementos te obedecen.»

La oración siguiente se atribuye al antiguo Orfeo: «Caminad por el sendero de Justicia, adorad al único Señor del Universo; es uno y Único por sí mismo; todos los séres le deben la existencia, obra en ellos y por ellos; lo ve todo, y jamás ojos mortales lo vieron.»

El Antiguo Testamento no contiene plegaria alguna rituálica, y los Judíos no la usaron hasta muy tarde, que entonaban cánticos en la Sinagoga.

El filósofo Máximo de Tiro, decía: «El Eterno tiene sus designios durante toda la eternidad; si la plegaria está acorde con su voluntad inmutable, es inútil que le pidamos lo que está resuelto á hacer. Si le rogamos que haga lo contrario de lo que está resuelto á hacer ó suplicarle que sea débil, ligero ó inconstante, es burlarse de él. Si le pedimos una cosa justa, la concederá sin que se le ruegue; si le pedimos una cosa injusta, le ultrajaremos. Sois digno ó indigno de la gracia que imploráis: si sois digno lo sabe mejor que vosotros, y si sois indigno obráis mal pidiéndole que os conceda lo que no necesitáis.

IV

El pasaje bíblico que describe el proceso seguido por Moisés hasta obtener en el Sinaí las tablas de piedra conteniendo el Decálogo ó la Ley de Dios, simboliza y entraña todo el proceso que debe repetir el hombre para obtener la mejor forma de observar en cada caso particular que pueda presentársele más ó menos confuso é incierto. El pueblo de Israel quedaba en el Desierto sin guía determinada que le condujese confiadamente á puerto de salvación. Su marcha anterior había sido tortuosa é *insegura; su labor no tenía objetivo por carecer de dirección*

apropiada. Moisés así lo entendió, y decidiose á alcanzar la brújula, tan necesitada, para que su pueblo no desfalleciese víctima de la desesperación y del abandono. Ascendió á lo más elevado del monte colocado en mitad del Desierto, y allí, apartado en lugar más solitario, y tan alto que no le llegaba el ruído de los hombres, ni el tropel de las pasiones; envuelto en la tranquilidad más solemne y muda, aspirando la pureza de un ambiente exento de toda mistificación, se entregó á la contemplación de lo más grande y sublime que sus sentidos percibieran. Un horizonte ilimitado envolvía á la tierra; un espacio sin término y sin sombra se alzaba sobre aquélla, y sólo la cúspide de la montaña velada por densas pero blancas nubes que impedían toda visión ó transparencia hacia aquélla. Nada podía esperar el indocto de aquella inmensidad invariable y sepulcral silencio; pero Moisés cayó de hinojos y se sumió en contemplación interna y más recóndita, hasta que su ser todo y su espíritu templado al unísono con la grandiosidad que le cercaba, adquirió facultades excepcionales, las que aunque innatas sólo manifiesta en circunstancias especiales, en las que vislumbra lo velado y percibe en lo ignoto; por lo cual, abiertas las tinieblas que lo ofuscaban é iluminada su inteligencia, logró descubrir la ruta deseada, el guía perdido; en una palabra, los diez preceptos que harían al pueblo de Israel digno de la Tierra de Promisión.

V

Tema es el de lo que nos conviene recibir que no nos atrevemos á precisar á la actual altura de nuestro relato; no seríamos comprendidos debidamente ni entrañaría importancia nuestra argumentación, por lo que preferimos aplazar tal asunto para lugar oportuno.

Pero sí diremos que tal condición ó saber es relativo, y depende en grado determinado del estado de adelantamiento ó progreso del ser en cuestión, no conviniendo los ideales del hombre espiritual y de concepciones elevadas con el grosero y atrasado.

José Rojido Moreira

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Nuevas revistas. Ha empezado á publicarse en Leipzig, con el título de *Neue Lotus Blüben,* una preciosa revista teosófica, dirigida por el ilustre Dr. Franz Harmann, tan conocido por sus estudios teosóficos y sus relevantes obras.

—En Helsingford (Finlandia) el movimiento teosófico ha adquirido últimamente un gran impulso, y nuestros hermanos teosofistas han podido comenzar la publicación de una magnífica revista, *Tietäjä,* á la que deseamos larga vida y prosperidad, como á la del Dr. Harmann antes citada.

Rodolfo Steiner. El ilustre teósofo Rodolfo Steiner ha dado durante el pasado mes de Febrero una serie de doce Conferencias teosóficas en Basilea que han llamado poderosamente la atención. Dichas explicaciones se publicarán seguramente en plazo muy próximo, y esperamos que alguna de ellas, ya que no todas, podrán conocerlas nuestros lectores.

Las revistas. La *Revista Teosófica* de la Sección cubana reproduce el admirable trabajo de H. P. B. sobre *El ocultismo y las artes ocultas.*

La Verdad, de Buenos Aires, entre otros trabajos, todos ellos relevantes y del mayor valer, publica uno de E. Ragazzoni sobre *El Velo de Isis,* que apareció en la prensa de Turín cuando nuestro Presidente Annie Besant estuvo en Italia á fines del año pasado. Es un trabajo interesante y digno de ser conocido por todos los teosofistas. La revista bonaerense ha entrado en el tercer año de su publicación y es una de las mejores revistas teosóficas que en lengua española se publican en América.

Luz Mental, también de Buenos Aires, que dirige D. Valentín Pérez, notablemente reformada, ha entrado en el tercer año de su publicación y es la única revista decenal teosófica que se publica en América del Sur.

The Theosophist prosigue la publicación del magnífico relato de Mabel Collins *El discipulo*. Inaugura la publicación de las *Cartas sobre la enseñanza Sufí,* de Baijnath Shing, que son de grandísimo valer para conocer esa manifestación del misticismo árabe. Annie Besant prosigue sus interesantes trabajos sobre *La Química oculta,* que seguramente serán recogidos después en un libro que ha de llamar la atención y ser objeto de vivos comentarios por los cultivadores de la ciencia oficial.

En *The Theosophical Review,* James H. Coussins inserta un estudio sobre *Los mitos irlandeses,* que es un trabajo de verdadero mérito y que debe consultarse por cuantas personas se dediquen á los estudios de religión comparada.

Theosophia, de Amsterdam, publica un interesante comentario sobre la encíclica contra los «modernistas».

Prensa teosófica. En la actualidad la enseñanza teosófica cuenta con 49 revistas mensuales y unas 12 más entre trimestrales, decenales, quincenales, etc., de las cuales se publican 18 en inglés, 5 en español, 4 en francés, 4 en holandés, 4 en alemán, 2 en italiano, una en sueco, otra en búlgaro, otra en finés, otra en ruso, otra en javanés y siete en los idiomas vernaculares de la India.

Las Ramas de la Sociedad Teosófica. En el *raport* del último Congreso de la Convención se han registrado 569 Ramas, que se distribuyen como sigue: Sección americana, 77; Sección inglesa, en la que se incluyen las españolas, 45; Sección hinda, 249; Sección austriaca, 14; Sección escandinava, 28; Sección Neozelandesa, 15; Sección holandesa, 18; Sección francesa, 27; Sección italiana, 15; Sección alemana, 28; Sección cubana, 22; Sección húngara, 7; Sección finesa, 7, y Sección varia, 17.

Sobre esta estadística hay que apuntar un sinnúmero de Ramas durmientes y una gran cantidad de Centros que serán antes de un año otras tantas Ramas.

Conferencia notable. No hace mucho se ha constituído en San Sebastián (Guipúzcoa) un centro de cultura como pedía la hermosa población del Cantábrico. El Ateneo de San Sebastián ha sido constituído por personas de positiva cultura, entusiastas del estudio en todas sus manifes-

taciones y del mayor prestigio en las diversas ramas del saber, como lo testifican los nombres de sus iniciadores, Martínez Añíbarro, Altona, Mourlane Michelena, Aguinaga, Alcorta, Arzaelun, etc.

El mes pasado empezó con sus trabajos y fué notable é interesante por extremo la disertación que hizo nuestro amigo don Julio Garrido, sobre *Las razas gigantes.*

La prensa donostiarra ha premiado justamente el trabajo del cultísimo escritor militar, y de ella sacamos el siguiente lisonjero extracto que demuestra los excelentes auspicios con que ha comenzado la actividad de aquel Centro:

«La personalidad del disertante, prestigiosa y conocida por una parte, y por otra la novedad atrayente del tema, habían despertado legítima curiosidad.

Comenzó Garrido saludando á los presentes y delineando el esquema antropológico que se proponía desenvolver y el cual se relacionaba con la existencia en remotos tiempos de razas gigantes.

Dijo que agotado el contenido substancial de los planos físicos inferiores—y resueltos los problemas que hoy turban á los sociólogos—el hombre buscaría tenazmente los orígenes ultratelúricos de la vida, aprovechando los conocimientos suministrados por las ciencias experimentales.

Apuntó la divergencia existente entre la sabiduría antigua y las investigaciones recientes, y compulsó las diversas teorías sobre el origen de las especies, desde las concepciones de la India remota hasta las ideas de los modernos cosmólogos.

Glosó las gráficas de los ciclos involutivo y evolutivo, ascendentes y descendentes.

Incidentalmente expresó ligeros disentimientos del criterio científico de Pasteur, sobre los radiobos y microorganismos de generación espontánea.

Cotejó distintos estudios de osteología fósil, para venir á afirmar que de ellos no se deriva lógicamente la no existencia de razas gigantes, pues los orientalistas aducen en favor de la tesis opuesta la petrificación de huellas enormes en territorios americanos y el hallazgo de huesos de gran tamaño en distintos lugares.

Estudió extensamente las tradiciones antiguas sobre gigan-

tes y citó mostrando una profunda y envidiable erudición, doctrina y textos de Tertuliano, Filostrato, Plinio, Teofrasto, Homero y Plutarco y otros varios.

Habló de los monumentos ciclópeos, é indicó que no puede sostenerse sean cantos erráticos de épocas glaciares.

Hizo consideraciones sobre la coexistencia del hombre con los grandes saurios y mamíferos de las épocas secundaria y terciaria é insinuó la posibilidad de que los dragones é hidras sean representación de plesiosauros y pterodáctilos.

Luego de discurrir con clarividencia y singular discreción sobre distintos problemas antropológicos, el disertante terminó su conferencia con palabras elocuentes y profundas, excitando á todos al estudio y á la meditación.

Grandes y nutridos aplausos recompensaron la eruditísima y admirable disertación de D. Julio Garrido á quien felicitamos sinceramente.»

Celebramos muy de veras el éxito de nuestro amigo, y deseamos muy vivamente que el Ateneo de San Sebastián no interrumpa la serie de los trabajos que ha inaugurado para bien de la cultura y mayor elevación del espíritu.

Amaravella, (M. E. Coulomb.)

Amigo y discípulo de H. P. B., y uno de los fundadores de la S. T. en Francia, se halla actualmente sin empleo, y solicita el cargo de Secretario ó Preceptor, pudiendo disponer de algunas horas de libertad que le permitan atender á la obra teosófica.

Nuestro hermano ha practicado la enseñanza en los Colegios del Gobierno (francés), y puede enseñar á fondo el francés, el inglés, el latín, la música (violín), etc.

———

Recomiendo con interés ese antiguo Servidor de la primera hora, á aquellos hermanos nuestros que se encuentren en condiciones de poder hacer una buena obra.—J. X. H.



BIBLIOGRAFÍA

W. James.—*Fases del sentimiento religioso*. Vol II. Traducción de Domenge y Mir.—Carbonell y Esteva, editores. Barcelona.

La acreditada casa editorial de los Sres. Carbonell y Esteva ha publicado el segundo tomo del importante libro *Fases del sentimiento religioso*, del célebre psicólogo norteamericano William James.

En esta segunda y completísima parte de su magnífica obra, continúa el famoso profesor de Filosofía desarrollando el tema de la psicosis, encaminándolo á analizar los fenómenos de la conversión como productora de cambios en el carácter, emotiva y despertadora de energías y averiguando que en todos los casos en que se ofrece repentina depende de una idiosincrasia psicológica ó de la posesión de un Yo subconsciente activísimo, que pone en relación el estado de fe emocional con las creencias intelectuales.

Pasa luego al estudio de la santidad, estableciendo en seriación conectiva el estado de gracia con los excitamientos supremos espirituales, la irascibilidad, los impulsos sensoriales y las influencias subconscientes. Esto le da amplio margen para inducir lo característico de aquel estado en sus manifestaciones de ecuanimidad, fortaleza, ascetismo, como sensación de la realidad de un poder superior y los efectos generales de la excitación hígida del sentimiento.

El último capítulo de este segundo tomo, que comprende dos Conferencias, supera si cabe á los anteriores al resumir el valor de la santidad en la opinión que al ilustre psicólogo le merece. Naturalmente que adaptándose al método científico, la analiza por sus frutos, observando la índole solitaria del innovador religioso, y luego el enorme contingente de extravagancias, absorciones teopáticas é hiperbolismos de la religión excesiva, los excesos del ascetismo, el pro y el contra del carácter de la santidad, la función social del santo y la cuestión de la verdad teológica.

James abandona aquí el criterio de ésta para entregarse á la crítica de la

religión sobre la base del sentido común práctico dominador en la historia, el cual acepta que toda religión y santidad verdadera, por fuerza dará buenos frutos, aunque su inadaptación al medio ambiente sea completa. Estas consideraciones teóricas le llevan como de la mano al misticismo. Esperamos leer con alguna extensión el análisis de los fenómenos místicos, que junto con el de la filosofía religiosa, constituirá el último tomo de la notabilísima obra del pensador americano.

Ed.

Shakspere.—*La tragedia de Macbeth.*—Tradució amb proleg i notes per Cebriá Montoliu.—Barcelona.—Tip. «El Aveus», 1908.

La versión catalana que nos ofrece el Sr. Montoliu en esta preciosa edición, es seguramente una de las mejores que se han hecho del célebre drama de Shakespeare, cuyo nombre escribimos para nosotros como se escribe generalmente y como se cita en castellano.

El prólogo y las notas que ilustran la versión del Sr. Montoliu son obras de verdadero mérito, de relevante interés y merecen un examen detenido, tras el cual no puede haber sino un justísimo elogio por tan concienzudo trabajo La oportunidad de la versión está admirablemente aprovechada, pues nunca como ahora las grandes obras del arte dramático necesitan recordarse para seguir su camino ó para purificar nuestro ambiente. Shakespeare «nos ha hecho», y como añade también su admirable traductor, «nuestra vida espiritual, que es la real, es obra suya». Suya, sí; no de cualquier manera, sino porque es el único genio moderno que tiene nuestro propio espíritu, porque él nos ha dado el que tenemos. Sería de desear que esta traducción fuera estudiada y elogiada como se merece por los escritores que con sus trabajos influyen directamente en la producción dramática no de éste ó del otro país, sino de todo el mundo. Lo merece.

U.

Artes Gráficas: J. Palacios. Arenal, 27.